

## **“Diversas juventudes: interrogantes y desafíos para la enseñanza en Educación Física”**

Ponente: González Porcel, José Santiago, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, [josegonzalezporcel@gmail.com](mailto:josegonzalezporcel@gmail.com)

Resumen: Esta ponencia surge como reflexión posterior a la cursada de la materia Didáctica Especial II en el Profesorado de Educación Física de la Universidad Nacional de La Plata. La experiencia generó interrogantes sobre las identidades, características y modos de habitar de los jóvenes y adolescentes en las escuelas secundarias y en otros espacios sociales.

A partir de observaciones en distintos contextos formales y no formales, se recuperan escenas, como así escenarios que permiten pensar en la multiplicidad de juventudes: jóvenes que gritan, que buscan hacerse escuchar; grupos que se encuentran para “estar”, aún sin una participación activa; adolescentes que construyen su cotidianeidad en torno al celular; y otros que encuentran en el arte o el deporte un espacio de pertenencia.

El análisis invita a cuestionar: ¿qué lugar tiene “lo joven” en la escuela secundaria? ¿Escuchamos los docentes esas voces en nuestras prácticas educativas? En particular, ¿qué estrategias despliega la Educación Física para favorecer la integración, la participación y el reconocimiento de la diversidad juvenil?

La ponencia propone reflexionar sobre el rol docente como mediador entre los intereses juveniles y los marcos institucionales, reconociendo a los jóvenes como sujetos de derecho, con voces legítimas y experiencias heterogéneas que tensionan la enseñanza y los modos tradicionales de habitar la escuela.

Palabras claves: Jóvenes, Escuela, Educación Física, Diversidad, Identidad.

Punto de partida: En el marco de la cursada intensiva de invierno de la asignatura Didáctica Especial II en el profesorado de Educación Física de la Universidad Nacional de La Plata, durante el transcurso de la misma nos encontramos con el aporte de la autora Débora Kantor, quién nos reflejaba a los jóvenes de época y la relación que ellos tienen con la institución escolar. Relación dicotómica caracterizada por la hostilidad-hospitalidad que se establece dentro de la escuela en diferentes prácticas e incluso con los mismos agentes en lo que la autora llamó “afueradentro.” A raíz del debate áulico ocupó lugar la duda de si estos jóvenes o lo que la autora reflejó como joven ¿es igual a lo que encontramos hoy en día? o ¿acaso hay aspectos de lo joven que cambió? Con el intercambio de ideas hallamos que al encontrarnos con ellos no observamos a la misma persona, es decir, un punto de acuerdo es que los estudiantes de secundaria son diferentes entre sí dando espacio a la heterogeneidad de acciones, actividades, hábitos, contextos, identidades, y otros aspectos que los componen. Pero ¿estos mismos jóvenes son los que encontramos en las escuelas? Al pensar en ello entendimos que no, hay algo que no permite a los alumnos ser dentro de la institución escolar, entiendo que la experiencia escolar tanto en sus lógicas académica, institucional/disciplinante, y relacional construyen al joven dentro de la escuela, diferenciándolo del mismo individuo cuando está fuera de la escuela. Entonces nos preguntamos ¿Quiénes son los jóvenes de hoy? y ¿Qué lugar ocupa el joven en la institución escolar y en la enseñanza?

Observaciones concretas: De los siguientes casos muy puntuales, que no son abarcativos de la totalidad de diversidades que encontramos en los jóvenes, sin embargo permiten aproximarnos al objetivo de este escrito. Del estudio de campo realizado se recuperan algunas realidades que dan indicios de ciertas cuestiones que interpelan al adolescente, al joven de hoy. De lo observado, con una mirada cualitativa se relevan los siguientes datos:

- Grupo reunido en una esquina: puestos uno al lado del otro, conversando no todos juntos sino cada uno con el de al lado. Por momentos intercambiaban palabras con otro más alejado. Otras veces quien estaba en el extremo no hablaba con nadie. En algunos casos observaban el alrededor (cómo si buscarán algo o alguien). Quienes se encontraban en el centro solían levantar la voz. Cada ocasión de conflicto no pasaba desapercibida porque levantaban todos la voz.
- Grupo de “ciclistas”: En una plaza se reunieron más de diez chicos no mayores a los 15 años, cada uno con su bicicleta y quién no tenía, se subía con un amigo. El punto de encuentro fue el centro de la plaza. Llevaban parlantes reproduciendo música muy alta. Hablaban gritando por una cuestión de la música alta. Algunos de ellos estaban

con el torso sin ropa. Y se fueron todos juntos detrás de quien tenía el parlante. Cruzaron un semáforo en rojo provocando bocinazos e insultos de automovilistas.

- Parada de colectivo: Estaban por separado pero ambos compartían el hábito sistemático de 1) ver si viene el colectivo, 2) ver el celular, 3) guardar el celular, y repetían el hábito. Acompañados con el uso de auriculares. Cara seria. Cabeza levemente inclinada.
- Joven solo: Guitarra al lomo. Mirada y cabeza gacha. No cambiaba la postura al hablar. Parecía pensativo. No usó el celular en todo el camino.

El cruce de categorías recuperadas de las observaciones se advierte que lo joven es un territorio poco explorado en los tiempos actuales, y en caso de haber sido muy explorado, hablamos de un territorio con pocas respuestas. Estos casos, acotados pero enriquecedores, me permiten entender que hay diversas juventudes.

De lo observado se recupera como recurrencia cómo hablan levantando la voz, gritos, o escuchar música muy alta supone una voz joven que busca y pide ser escuchada. Es inevitable que la gente alrededor ante estas situaciones no volteé a mirar y/o deslizar algún comentario sobre ello. ¿Esas voces son escuchadas en la institución escolar? Cómo docentes ¿Damos lugar a qué esas voces sean escuchadas en nuestro espacio práctico?

Otra categoría recuperada son los jóvenes de determinado grupo que no participan de manera activa, me llevó a preguntar ¿Por qué están ahí entonces? Quizás prefieren estar allí que en sus casas, tal vez su identidad descansa en estar con el grupo. Es mejor estar que no estar pensarán o mejor pertenecer que no pertenecer a un grupo social, una antítesis de la célebre frase “Mejor solo que mal acompañado”. En estos casos concretos sería mejor decir “Mejor acompañado que solo” (saco el “mal” para evitar juicio de valor). En la escuela ¿Es un deber docente asegurar que nuestros jóvenes se integren a un grupo? Cómo docentes de Educación Física ¿Que herramientas utilizamos para favorecer esta integración?

En esta diversidad de juventudes que existe se encuentra que el celular en algunos casos sea conexión con la vida, que la vida transcurre a través del teléfono, un dispositivo que los acerca a quienes tienen lejos (sus pares) y los aleja de la realidad que los rodea. Y otros jóvenes que el uso del celular no es primordial, que buscan otras actividades para distraerse. Ahora llevando una reflexión acercándome al ámbito institucional ¿Cuántas veces en nuestras clases en el patio hemos tenido alumnos sentados sin realizar actividad y con el uso del celular? Quizás no en nuestra clase pero si observamos la situación en la de un colega. ¿Por qué ocurre esta situación? Quizás nuestra propuesta no es llamativa para los jóvenes, además algunos docentes evitan el conflicto y los dejan sin obligación de participación de clase. A

partir de aquí podemos escuchar las voces de los jóvenes, interesarnos en lo que les ocurre y saber que hay más allá del alumno/a. Esto no quiere decir dar el poder de la clase a ellos pero sí tener en cuenta sus intereses, propuestas. Tal y como Tenti Fanfani (2000) nos indica:

“Habrá que reconocer que los adolescentes y jóvenes tienen derechos específicos (a la identidad, a expresar sus opiniones, a acceder a la información, a participar en la definición y aplicación de las reglas que organizan la convivencia, a participar en la toma de decisiones, etc.) y habrá que diseñar los mecanismos institucionales que garanticen su ejercicio (reglamentos, participación en cuerpos colegiados, recursos financieros, de tiempo y lugar, competencias, etc.)” (p.8).

¿Estos casos particulares son atendidos en la escuela? ¿Qué soluciones u oportunidades ofrece la escuela? ¿Está la escuela preparada para estos casos? y nosotros como profesionales docentes ¿Estamos preparados? Estas instancias nombradas sin duda alteran en menor o mayor medida a cada particularidad donde la extrema desigualdad en la distribución de las oportunidades de vida hace que, para muchos de ellos, la escolarización, en sí misma, sea una experiencia literalmente imposible, algo que escapa completamente a su proyecto de vida.

Así también, se pudo considerar como otra categoría de investigación simbolismos que atraviesan a todas las juventudes, que nos permiten conocer a groso modo las formas en que su “mundo” tiende a organizarse y expresarse. Estos simbolismos son de orden: 1) socioeconómico, 2) moda, 3) desarraigo familiar. Las mismas en su conjunto permiten comprender la construcción de la identidad del grupo social en cuestión.

1) Socioeconómico: Siguiendo a Margulis, M. y a M. Urresti, M. (1998) y su aporte sobre el tema:

[...] juventud sería el lapso que media entre la madurez física y la madurez social. Este lapso varía, sin duda, entre los diferentes sectores sociales. Entre los sectores populares se ingresa tempranamente al mundo del trabajo, cuando las condiciones del mercado laboral lo hacen posible. También es frecuente formar un hogar y comenzar a tener hijos apenas terminada la adolescencia, cuando no, como en el caso de muchas mujeres, durante el curso de la misma. En cambio, entre sectores de clases media y alta, es habitual que se cursen estudios -cada vez más prolongados- y que este tiempo dedicado a la capacitación postergue la plena madurez social, en su sentido económico, laboral y reproductivo. (p.4).

Como explicamos anteriormente, la diversidad en la adolescencia y juventud es muy presente y marcada y este es un ejemplo muy esclarecedor de las diversas realidades que pueden transitar los jóvenes. Podemos aquí traer a nuestra mente las situaciones que se asemejan demasiado, alumnos que desertan de la escuela por necesidades laborales, alumnas que por embarazo se ausentan de las clases con regularidad, o incluso abusos y maltratos dentro de la esfera familiar que perjudican la permanencia y el egreso efectivo de nuestros alumnos y así

otros que pueda ocurrírsele y que ocurren en el ámbito de la juventud en la escuela. Vale la pena destacar que la pertenencia a un grupo que constituye o refuerza la identidad se construye por comparación y en oposición a otros grupos. Este nivel de identidad no puede existir sino en el juego de las referencias sociales positivas y negativas en donde se elaboran las operaciones de categorización y de discriminación que organizan los procesos cognoscitivos, las representaciones de si y de la sociedad.

2) La moda: Otra dimensión que caracteriza a los jóvenes es la moda, siguiendo a los mismos autores Margulis, M. y Urresti, M. (1995) su línea teórica nos indica los siguiente:

La “juventud” no es una condición natural sino una construcción histórica que se articula sobre recursos materiales y simbólicos. La distribución social de estos materiales es asimétrica. Se es joven de diferentes maneras en función de la diferenciación social, de parámetros como el dinero, el trabajo, la educación, el barrio, el tiempo libre. La condición de “juventud” no se ofrece de igual manera para todos los integrantes de la categoría estadística “joven” (p.109).

La moda y las oportunidades de vida desiguales establecen una relación que nos permite entender el alcance que tienen en dimensiones como el prestigio, la distinción, la legitimidad. La búsqueda de pertenencia, de reconocimiento. El deseo de ser aceptados en determinados grupos de preferencia, afirmar su identidad social. Ser considerado un miembro auténtico del grupo social. Sin embargo, la moda presenta otra cara que los jóvenes viven día a día sin tomarle importancia. La moda consiste en una lógica temporal que regula los cambios y reemplazos en las preferencias de los sujetos sociales de un modo efímero. Sus ritmos temporales son constantes con el afán de novedad y pasión por lo efímero, características que pueden observarse en muchos aspectos cotidianos como; gustos culinarios, estilos de vida, opciones ideológicas y políticas, en preferencias de recreación y esparcimiento, en inclinaciones artísticas o intelectuales.

3) El desarraigo familiar: La tercera dimensión que caracteriza a nuestros jóvenes actuales es el desarraigo familiar. En busca de independencia y construcción de espacios “propios” y la confección de una nueva identidad social. La adolescencia es el grado cero de la vida adulta, está y no está en ella, recién estrenada, con todo el tiempo por delante y aparece como un modelo con el que identificarse. Son los grupos de pares lo que constituye la novedad en la vida de las personas que atraviesan la adolescencia. Estos grupos a su vez definen espacios y tiempos en los que van construyendo un mundo compartido, que será fundamental para el resguardo de las identificaciones adolescentes, distantes de la familia y de la escuela. En Urresti, M. (1995) podemos encontrar que:

Esos grupos de adolescentes son ámbitos de contención afectiva y representan espacios de autonomía en los que se experimentan las primeras búsquedas de independencia. En ellos se realizan actividades comunes y se definen los perfiles dentro de las funciones actitudinales que los diversos grupos despliegan. [...] En esos grupos por lo general se manifiestan las primeras conversaciones que tienen por tema el sexo, el descubrimiento de los otros a nivel social, el lugar propio y el ajeno en ese espacio. (p. 5).

Reafirmando que procuran una mayor independencia respecto a la mirada de sus mayores, articulando los mecanismos de identificación a través de los que construyen las diversas facetas de su identidad. Durante este proceso de constitución de identidades dentro de los grupos sociales de adolescentes suele apreciarse la enorme diferenciación interna en gustos y preferencias que se terminan expresando en afinidades electivas capaces de unir grupos, separar otros, definir circuitos de consumos culturales, apuntalar identificaciones grupales y conducir un proceso de socialización de diferente velocidad. Como vemos la cuestión de identidad, la construcción de la misma, se encuentra muy presente en el rango etario. Una cuestión que puede constituirse rápidamente o incluso puede nunca terminar de constituirse. Que sin dudas es compleja y heterogénea ya que nos lleva a varios niveles de la acción social. La “identidad social se concibe como la vertiente subjetiva de la integración, porque es la manera de integración normativa, impuesta por los demás y por el sistema que da cuenta de la cohesión del grupo sostenida por el sentido de pertenencia”. (Dubet, F. y Zapata, F. 1989. p. 520) Como se explicó anteriormente, los grupos a diferentes niveles son mediados por la moda. Lo que suele llevarse como moda de los adolescentes es la apropiación de la calle como espacio “propio”, se trata de un espacio exterior a la escuela y al hogar, pero sin alternativas en los sectores populares, que aparece revestido como espacio de liberación y de goce. Aparece otro espacio “propio”, el club en las clases medias y altas. Un espacio que se caracteriza por la seguridad que otorga al círculo familiar alejando a los jóvenes de los potenciales peligros de la calle. Entonces el círculo familiar de las clases más acomodadas encasillan a la calle como un espacio único de ocupación para los jóvenes de las clases “inferiores”. Es una diferencia que también se aprecia en que la demanda de los adolescentes con menores oportunidades por lo general suele ser superior a las posibilidades de satisfacción de sus padres, que suelen en muchos casos aprovechar esta circunstancia para disciplinarlos, premiándolos o castigándolos según los resultados que obtengan o las conductas que desplieguen en ámbitos en los que los padres están interesados que progresen. Y concluye la idea en que no todos los jóvenes se asemejan a los modelos propiciados por los medios o por las diferentes industrias vinculadas con la producción y la comercialización de valores que se relacionan con los significantes de la distinción. Y que desde esta perspectiva, sólo podrían



ser jóvenes los pertenecientes a sectores sociales relativamente acomodados, quienes sí pueden seguir los ritmos apresurados y efímeros de la moda. Los otros carecerían de juventud. Ya habiendo explicado las dimensiones que atraviesan a los jóvenes es momento de ocupar el caso de las instituciones. Su concepción encuentra vertientes desde la antropología, desde la sociología política, desde la economía social. En este caso la noción de institución nos atrae su significación desde su función de instituir y socializar. Bien cae lo dicho por Dubet, F. (2007):

La institución es definida entonces por su capacidad de hacer advenir un orden simbólico y de formar un tipo de sujeto ligado a este orden, de instituirlo. En este sentido, la Iglesia, la Escuela, la Familia o la Justicia son instituciones porque inscriben un orden simbólico y una cultura en la subjetividad de los individuos, porque “institucionalizan” valores, símbolos, porque “instituyen” una naturaleza social en la naturaleza “natural” de los individuos. Según esta acepción, la noción de institución no designa solamente un tipo de aparato o de organización, sino que también caracteriza un tipo específico de socialización y de trabajo sobre el otro. (p. 40-41).

Durante nuestra formación encontramos que la escuela se caracteriza como un ambiente frío, apático, antiguo, que tiene como objetivo la formación de un ciudadano de derecho preparado para la vida en sociedad. Desde los diseños curriculares, leyes y políticas educativas se forja una identidad dirigida a los jóvenes. Aunque hay una intención curricular de satisfacer demandas y necesidades juveniles sin descuidar el proceso de formación ciudadana, se expresa un descuido de las distintas realidades sociales que afectan el trayecto de los jóvenes que ya mencionamos y desmenuzamos anteriormente. Se da esta situación en que la escuela ya no es en nuestros tiempos encargada de construir una nación homogénea cuando las distintas minorías exigen que sus singularidades sean reconocidas en el espacio escolar. Desde el momento de concreción de un derecho histórico en el que la masificación escolar ha diversificado las finalidades de la institución escolar. Es que la presión por la igualdad se ha incrementado con el modelo de la igualdad de oportunidades y nuestras escuelas ya no pueden protegerse de las demandas sociales, pero por otro lado, no pueden ser simples organizaciones de servicios encargadas de satisfacer estas demandas, aunque sólo fuera porque hay una tensión entre sus principios, su profesionalidad y las demandas de los colectivos y de los individuos. Muchos profesores tienen la impresión de que la escuela ya no está hecha para los alumnos de hoy y aún más a menudo que estos alumnos no están hechos para la escuela. A partir de esta idea es que existe la posibilidad de que surjan tensiones entre la integración de los adolescentes a su “grupo de iguales” y su integración a las normas escolares. Cuando la

distancia entre la cultura social incorporada por los muchachos y la cultura escolar curricular es grande, el conflicto es un fenómeno factible en la experiencia escolar.

A modo de cierre: En este sentido, es posible afirmar que la escuela constituye para los adolescentes una construcción en sí misma, en tanto la adolescencia es una etapa vital “nueva”, atravesada por procesos de transformación y redefinición. Dado que no todos los adolescentes son iguales, resulta necesario pensar en formas institucionales diversificadas y flexibles, capaces de responder a las múltiples condiciones de vida y a las diversas expectativas de las nuevas generaciones.

Desde una perspectiva profesional, es fundamental apartar la dimensión meramente represiva de la tarea educativa —aquella que se limita a la transmisión de la cultura de una generación a otra—, para recuperar la convicción en el protagonismo de los y las jóvenes en la experiencia escolar. Ello implica habilitar espacios para que sus intereses, inquietudes e ideas se expresen, reconociéndolos como actores centrales y no como meros receptores pasivos de un legado cultural.

En este marco, una de las claves radica en comprender que una escuela para adolescentes debe ser, al mismo tiempo, una escuela de adolescentes: una institución donde las nuevas generaciones no sean concebidas como simples poblaciones objetivo, sino como sujetos activos, portadores de derechos y protagonistas de su proceso educativo.

Este posicionamiento exige reconocer que la relación entre la cultura institucional y la cultura juvenil está atravesada por tensiones que requieren ser armonizadas y negociadas. Las instituciones, en consecuencia, se enfrentan al desafío de transformar a los individuos en sujetos, lo cual no supone abolir las normas ni las disciplinas, sino garantizar que la experiencia educativa ofrezca la posibilidad de elaborar trayectorias singulares. Aun cuando la escuela imponga pruebas y desafíos, debe permitir que los estudiantes puedan atravesarlos, no necesariamente alcanzando el éxito en términos convencionales, pero sí evitando que esas exigencias los destruyan o excluyan.



#### Bibliografía:

- Dubet, F. (2007). El declive y las mutaciones de la institución. *Revista de antropología social*, vol 16. (pp. 39-66).
- Dubet, F. y Zapata, F. (1989). De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto. *Revista de Estudios Sociológicos*, vol 7. (pp. 519–545).
- Margulis, M., & Urresti, M. (1995). Moda y juventud. *Revista de Estudios Sociológicos*, vol 13. (pp. 109–120).
- Urresti, M. (1995). Adolescentes, consumos culturales y usos de la ciudad.
- Margulis, M., Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de la juventud.
- Tenti Fanfani, E. (2000). Culturas juveniles y cultura escolar.